

flujo de los dioses, y las muchachas y bailarinas hacían el final de estas fiestas en medio del regocijo universal.

Los primeros misioneros, aprovechando la afición decidida de los indios á la poesía, compusieron himnos y cánticos místicos en mexicano, de que se hacen grandes elogios, citándose entre otros los del padre Sahagun y una composición sobre el juicio final, del célebre misionero J. Andrés Olmos.

Los instrumentos músicos de los mexicanos eran el huehuatl ó tambor mexicano, hecho de madera y cubierto de una piel de ciervo; el teponaztli, cilindro hueco, todo de madera con unas aberturas y gradaciones en el grueso de la madera, para producir sonidos distintos cuando se golpeaba con bolillos, de madera también.

Las cornetas, los caracoles marítimos y unas flautas pequeñas de sonido agudísimo, eran todo el instrumental músico. Este arte, dice Clavijero, fué en el que menos sobresalieron los mexicanos.

Eran tenidos en mucho los bailes, y los mexicanos les daban grande importancia, variándolos y embelleciéndolos extraordinariamente.

El rey, los sacerdotes, lo más florido de la nobleza, las vírgenes consagradas al templo, y los plebeyos de la más ínfima clase, todos bailaban.

Los altos personajes llevaban en las manos plumas, sonajas y flores; ostentaban para el baile los trajes más ricos. Los plebeyos adoptaban la representación de varios animales, y los bufones amenizaban la función.

Comunmente la concurrencia á los grandes bailes se formaba en tres círculos: uno pequeño en el centro; otro más grande rodeándolo á distancia, y otro máximo que abrazaba los dos anteriores.

Se cantaba al són de la música, y el baile comenzaba: el primer círculo se movía grave y respetuoso, el segundo con mayor animación, y el tercero con celeridad extraordinaria y algazara estrepitosa hasta el frenesí. Aquellos remolinos de trajes, de pe-

nachos, de plumas, de sacerdotes, de guerreros y de hermosas mujeres, tenían encantos que recuerdan los historiadores con complacencia.

Había variedad de bailes y el llamado *tocotín* tan lleno de majestad, que se conservó en los templos aun después de la conquista.

Clavijero menciona un baile que consistía en dar vueltas al rededor de una asta elevadísima de que pendían cordones y cintas y que llevaban los bailarines en las manos, tejiendo, al son del baile, jaspes y labores bien matizados y preciosos, deshaciendo estas labores de un modo igualmente vistoso al terminar el baile.

Tenían juegos públicos y privados los mexicanos, como la carrera y los simulacros de campaña, y el volador y la pelota, de que tenemos idea.

En equilibrios y en juegos de manos y pies, eran los mexicanos muy diestros. Mencionan los historiadores el ejercicio que llamamos vulgarmente "bailar la tranca," y consiste en que un hombre colocado de espaldas en el suelo, sostenga, aviente y haga girar con los pies una viga. Los mexicanos la sostenían con un hombre que bailaba en cada uno de los dos extremos de la viga, lo cual maravilló á los españoles.

La pintura hacia el oficio de escritura histórica: los toltecas fueron los primeros que la usaron: de éstos y de los acolhuas la aprendieron los chichimecas y los otomís que abandonaron la vida salvaje.

No sólo se aplicaban las pinturas á la historia, sino á la cronología, á la astronomía, á los códigos y aun á usos más privados, como los títulos de tierras.

En Texcoco estaba la principal escuela de pintura, y allí existían la mayor parte de los tesoros de la historia que fueron aprovechados por los conquistadores.

Pintaban comunmente sobre el papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey ó de palma llamada *Yecoll*.

Para obtener el color blanco calcinaban la piedra *chimatlizatl*

que así preparado se parece mucho al yeso fino, ó usaban de la tierra mineral *tizatlalli* que produce un blanco mate como la escayola.

El negro lo formaban de humo de ocote.

El azul turquí, de añil.

Para el rojo, de *achiote*; para el morado y la púrpura, la cochinilla.

El amarillo se hace con ocre ó *xochipalli*, que conocemos hasta el día.

Para dar consistencia á los colores, los mezclaban con la planta llamada *oautle* y con el excelente aceite de chia.

No sobresalían en el dibujo los mexicanos, ni tenían estudio ni conocimiento del clarooscuro. Las pinturas, aunque dan idea de los objetos y aun de las personas que quieren representar, distan mucho de la perfección.

Representaban las horas que querían describir, con sus propias figuras, aunque muchas veces procedían por indicaciones que bastaban para los inteligentes.

“Respecto á los caracteres numéricos—dice Clavijero—ponían tantos puntos cuantas eran las unidades hasta veinte; este número se representaba con una figura semejante á ésta □ llamada “Pohualli;” una figura que imitaba la extremidad de una pluma equivalía ó 400 ó zontli.

“El signo 400 se repetía hasta veinte veces ó sean 8,000, que es otro signo como una bolsa llamado *Xiquipilli*, y con la combinación de dos signos llegaban hasta 160,000.

“Para representar una persona determinada—dice el autor que extractamos—pintaban un hombre ó una cabeza humana y sobre ella la significación de su nombre; como vimos al hablar de los reyes, la poesía y la tradición suplían lo imperfecto de las pinturas.”

En cuanto á sus jeroglíficos, podemos decir lo siguiente:

Los indios del Perú, en coincidencia singular con los chinos, usaban unas cuerdas largas y pequeñas de diversos colores que hacían, aunque muy imperfectamente, veces de escritura.

Los toltecas usaban los jeroglíficos, aun antes de llegar á Huehuellapalan.

Los mexicanos tenían unos sabios (amoxoaque) destinados á descifrar la escritura jeroglífica.

En los jeroglíficos ó imperfectísimas pinturas que son como escritura mexicana, apenas se distinguen claramente el hombre y la mujer y no los animales y otros objetos. Más que pinturas son signos.

Los colores empleados en esas pinturas son: blanco, negro, azul, rojo, verde, amarillo, morado, etc.

El papel empleado era de algodón, pita, pieles curtidas, etc., y usaban una especie de punzon ó pincel para pintar.

La mayor biblioteca era la de Texcoco.

La lectura se enseñaba en los colegios. Los libros versaban sobre ciencias, artes, historia y toda clase de materias, teniéndose sumo cuidado y dispensando gran consideración á los cronistas.

En cuanto á la importancia de esta escritura, unos la encarecen y otros la deprimen por creerla adulterada por los frailes.

No obstante lo expuesto, son notables y dignas de crédito la colección de Kingsborough, el Código Mendocino, las pinturas Aubin, antes de Boturini, y otras.

Sobre la veracidad de los jeroglíficos puede consultarse á Alba Ixtlilxochitl, Sahagun, Durán, Torquemada, Gama, Betancourt y otros.

De todos modos, los jeroglíficos son datos auténticos las más veces y preciosos para la historia.

El Sr. Orozco, de quien extractamos esta nota, opina por que la idea primera para perpetuar un hecho fué reproducirla, y de ahí, para la copia, la necesidad de la pintura.

Simplificando la reproducción total, un combate lo representaban dos guerreros peleando.

La simplificación pasó del grupo á los objetos, y en los obje-

tos mismos; un árbol por una rama ó perfil convencional. Así, hombres y animales se representan por las cabezas.

A los signos mímicos ó figurativos se llama kiriológicos.

Los caracteres simbólicos son los convencionales. La escritura ideográfica representaba los objetos, pero con significacion convencional.

Al bautismo lo representaron los indios con un religioso que tenia un jarrito en la mano vertiendo el agua sobre la cabeza del indio.

La escultura fué conocida y practicada por los antiguos toltecas: los mexicanos tenian ya escultores cuando salieron de Aztlan.

Hacian las estatuas en todas posturas y actitudes, lo mismo que los grabados y los relieves en piedra, sirviéndose de piedras más duras y de algun cilindro de cobre.

El número de estatuas que encontraron los españoles fué inmenso, al punto que, destrozadas, sirvieron para la mayor parte del cimientto de nuestra Catedral.

En la fundicion sobresalian, y de ello pueden dar testimonio los obsequios que hicieron á Carlos V, de que hablarémos despues.

“Fundian—dice Clavijero—una vez un pez que tenia las es-
“camas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la
“cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono con la cabeza
“y los piés movibles y con un huso en la mano en actitud de
“hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y ha-
“cian joyas curiosísimas de gran valor.”

De los mosaicos de pluma tenemos aún alguna idea, aunque muy imperfecta, puesto que los mexicanos hicieron en ellos adelantos tan admirables que dejaban atrás las maravillas del pincel. Tenian los mexicanos en gran estima este arte; cuidaban especialmente los pájaros de que se servian; ocupaban muchas gentes en la preparacion de las plumas, y se vendian á precio de oro las obras que resultaban sobrenaturales.

El pájaro cuyas plumas usaban de preferencia, era el colibrí,

de esmaltadas y riquísimas. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tezautli* ó con otra sustancia glutinosa; despues unian todas las partes sobre una tabla ó sobre una lámina de cobre y las pulian suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa que parecia hecha á pincel.

LECCION DÉCIMASEXTA.

ARQUITECTURA.—INDUSTRIAS.—USOS Y COSTUMBRES.

Los toltecas, como ya hemos dicho, contaban entre los títulos que denotaban su civilizacion, el de ser adelantados en arquitectura: los chichimecas, acolhuas y otras naciones aprendieron de ellos y dejaron monumentos de sus adelantos en este arte, de los que se mencionan los de las orillas del Gila y los de las inmediaciones de Zacatecas.

Las casas de los pobres eran de cañas ó de ladrillos y fango. Cuando la familia no era del todo infeliz, además de las piezas para la habitación habia un *ayahucalli* ú oratorio, un *temazcalli* ó baño y un pequeño granero.

Las casas de la gente acomodada eran de piedra y cal: tenian dos pisos; sus muros eran tan blancos y relucientes, que al verlos por vez primera los españoles los creyeron de plata: el pavimento era de una mezcla igual y lisa.

No usaban puertas, pero sí cortinas, y junto á ellas colocaban tiestos ú otros objetos que hicieran ruido cuando alguno entraba.

Supieron los mexicanos construir arcos y bóvedas, como lo acreditan los baños de Texcoco, y así como servirse de adornos que suponen civilizacion avanzada. Las columnas cuadradas y cilíndricas no tienen base como las nuestras, y en general los cimientos de los edificios eran débiles.

En tiempo de Ahuitzoll se aplicó el *tetzontli* á las construcciones, y desde entonces se generalizó, dando mayor ligereza y solidez á los edificios.

Los templos, los palacios de Moctezuma y otros monumentos dicen más que lo que nosotros pudiéramos, y justifican lo que decia Cortés en una de sus cartas á Carlos V:

“Tenia Moctezuma casas tan grandes y maravillosas que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza “si no es diciendo que no las hay iguales en España.”

Construyeron los mexicanos muchos y buenos acueductos.

Los más notables eran los de Chapultepec, que conducian el agua á la ciudad; de piedra y mezcla, de cinco piés de alto y de dos pasos de anchura, y el de Tezcacingo cerca de Texcoco.

Además de la piedra comun, trabajaban los aztecas el mármol, el jaspe, el alabastro, el *ixtli*, y otras piedras finas. Del *ixtli* hacian espejos guarnecidos de oro, y aquellas excelentes navajas que usaban en sus espadas y de que se servian los barberos.

Los joyeros pulian con perfeccion varias piedras preciosas, con especialidad las esmeraldas, y ninguno se enterraba sin que tuviera una colgada en el labio inferior para que le sirviese de corazon, segun ellos decian.

Los alfareros no sólo hacian toda clase de vajilla para los usos domésticos, sino cosas de pura curiosidad. Los más famosos alfareros fueron los de Cholula, y despues de la conquista, los de Cuautitlan.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, usando instrumentos de cobre para su ejercicio.

Las fábricas de tejidos eran conocidas y propagadas entre los aztecas, aunque les eran desconocidos la lana, la seda comun y el cáñamo.

Suplian esas materias con algodón, pluma, pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con fibras de palma y de maguey.

Del hilo de maguey se servian para cuerdas y otros utensilios.

Curtian muy bien las pieles de cuadrúpedos y de las aves,

dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos segun el uso que de ellos querian hacer.

Clavijero, para dar una idea de la industria y de los adelantamientos de los mexicanos en las artes, copia la lista de las curiosidades enviadas por Cortés á Carlos V. En esa lista se mencionan las imágenes del Sol y de la Luna, de oro la primera y de plata la segunda, perfectamente trabajadas; brazaletes y collares con esmeraldas y rubíes, zapatos, pieles, espejos de piedra y tejidos de algodón, que fueron justamente admirados en Europa.

Además del conocimiento que tenian los mexicanos en varias industrias, como ya hemos expuesto, mencionan algunos historiadores sus adelantos en la Medicina.

“A los médicos mexicanos—dice Clavijero—debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, “la zarzaparrilla tepaneca, piñones purgantes, etc.” Tenian eméticos como el *Micxochitl*, diuréticos como el *Agispalli*, antídotos contra las mordeduras de las serpientes, como el *guaco* y el *coapalli*; estornutatorios como el *zozoyatic*; febrífugos como el *chaltahuic*, y multitud de plantas de que hace mencion el Dr. Hernández.

Usaban para los baños, del *temazcalli*, especie de horno en que recibian baños de vapor.

Es raro que los mexicanos no estuvieran expuestos á muchas enfermedades, atendiendo á sus alimentos que ofrecen singularidades notables.

Comian en sus dias de miseria, y aun despues, raíces de plantas acuáticas, culebras, insectos y moscas. De los huevos de ciertas moscas formaban el *ahruautli*. Comian esa nata fangosa que náda sobre las aguas, que se conocia con el nombre de *Tecuilatl*, es decir, excremento de piedra. Cuando mejoró la fortuna de los mexicanos, el principal alimento fué el maíz en sus diferentes preparaciones.

Comian tambien el cacao: la chia para las bebidas.

Los mexicanos no hacian consumo de carne como los euro-

peos; no obstante, en los banquetes y en las mesas de los ricos se servían ciervos, conejos, jabalíes mexicanos, y otros varios cuadrúpedos, peces y aves.

Las frutas más estimadas eran mamey, zapote, chicozapote, piña, chirimoya, aguacate, anona, pitahaya, capulín, tuna; siéndoles desconocidas, entre otras frutas, las peras, las manzanas y los melocotones.

El condimento de los manjares, además de la sal, era el chile y el tomate.

La bebida más estimada como vino era el pulque, palabra tomada de la lengua araucana, que se aplica á toda clase de bebidas en Chile.

Los vestidos de los mexicanos eran sencillos en extremo, y se reducían, en los hombres, al *maxtlatl* y al *tilmatli*, y en las mujeres al *cueitl* y al *huepilli*. El *maxtlatl* es una faja con las extremidades pendientes por delante y por detrás. El *tilmatli* era una capa cuadrada, de cerca de cuatro piés de largo, cuyas extremidades se anudaban al pecho ó sobre un hombro.

El *cueitl* eran las enaguas comunes de que se servían las mujeres: se reducía á una tira, también cuadrada, en que se envolvían desde la cintura á media pierna.

Hombres y mujeres, entre los mexicanos, se dejaban crecer el pelo. Las mujeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres se la ataban con cintas y la adornaban con penachos de plumas.

Adornaban el traje con flecos de oro, con plumas y joyas, y los hombres y mujeres usaban brazaletes, collares y pendientes de piedras preciosas en las orejas, en el labio y la nariz.

No correspondían á tanto lujo los muebles y artículos domésticos.

Las camas se reducían á una ó dos esteras de junco: los ricos tenían sábanas de algodón ó telas tejidas de plumas. La almohada de los pobres era una piedra ó un pedazo de madera.

Comían al rededor de una estera ó petate. Tenían servilletas,

platos, fuentes, ollas y jarros de barro. En ninguna casa faltaban el comal y el metate.

Jícaras y tecomates eran los vasos en que comunmente bebían.

Desconocían los mexicanos el uso de la luz artificial. Sacaban fuego, cuando les era necesario, con el roce de dos palos.

Parece que comían una sola vez: comían poco, pero bebían mucho y con frecuencia. Fumaban muy poco. Para asearse y lavar sus ropas se servían del amoli, conocido hoy, porque lo usa como jabón nuestra gente pobre.

NOTA.--Esta última parte de la Historia antigua referente á las leyes y costumbres, así como el estado de civilización de los mexicanos, sería difusa al extremo, y aun inconveniente por su superficialidad, si no hubiera sido dispuesta con dos objetos: primero, para despertar en el ánimo de la juventud el amor á más serios estudios análogos al carácter filosófico de la Historia, y en segundo lugar para que el maestro, con su buen criterio y en vista de la aptitud de sus discípulos, compendie ó amplie estas materias, por desgracia muy descuidadas en otros compendios.